

«Citizen KATE»

FUE por puro azar: Katherine Graham, presidente del grupo que controla nada menos que el «Washington Post», «Newsweek», cuatro emisoras de televisión en Estados Unidos y, en parte, el «International New York Herald Tribune», se enteró de la muerte de Georges Pompidou antes que la mayoría de los franceses: la noche del martes 2 de abril, Mrs. Graham asiste a una cena ofrecida por Valéry Giscard d'Estaing. Cuando alguien comunica lo sucedido a los comensales, el ministro de Finanzas, sin perder la impasibilidad, se retira discretamente. La señora Graham se muestra visiblemente emocionada.

Y, sin embargo, la noticia no la coge de sorpresa: los días anteriores ha celebrado varias conversaciones políticas. La víspera misma, 1 de abril, la señora Graham ha comido con Pierre Mendès-France. Ambos han hablado de la posible estrategia de los gaullistas y la izquierda en el caso de que... La señora Graham se guarda bien de decirles a los franceses que era deber del Gobierno informar a los ciudadanos sobre el estado de salud del Jefe del Estado. En circunstancias análogas, eso es lo que habría ocurrido en los Estados Unidos. En cierta ocasión, la señora Graham proclamó: «Una democracia no puede tolerar el racionamiento de la verdad». Este es un principio que vale para todas las democracias, populares, impopulares y capitalistas.

Las fuentes y los cheques

Muchos de los que han tenido ocasión de reunirse con la señora Graham durante el viaje que ésta ha realizado últimamente por Europa: en Londres, donde dio una conferencia sin complacencias de ningún tipo sobre «la libertad de prensa en Estados Unidos»; en París, adonde acudió antes que nada para conversar con su viejo amigo Jean Monnet («El hombre a quien más admiro; mi padre le comparaba a Benjamin Franklin»), muchos de sus interlocutores han dicho de ella: «Es la mujer que más ha contribuido a la lucha contra el Presidente americano». La idea surge espontáneamente porque

—aunque se propenda demasiado a olvidar este hecho— cinco meses antes de que Nixon volviese a la Casa Blanca, en noviembre del año 1972, dos jóvenes reporteros de su periódico, el «Washington Post», Carl Woodward y Bob Bernstein, levantaron la liebre al descubrir el «affaire» de los «fon-

taneros» que penetraron sin permiso en el cuartel general de los demócratas el 17 de junio de 1972.

Katherine Graham: una americana serena que hace temblar a Nixon.

Porque esos dos periodistas han publicado más de doscientos artículos sobre las consecuencias del escándalo y han sabido encontrar las fuentes y los cheques comprometedores en el «entourage» del ocupante de la Casa Blanca.

Porque, como subraya de paso Mrs. Graham, «de los dos mil periodistas destacados en Washington, sólo catorce» se han preocupado de buscar los entresijos del famoso «affaire». Consecuencia de esa preocupación es el ya muy probable «impeachment» de Nixon en los meses, si no en las semanas, que vienen: un Nixon al que el vicepresidente, Gerald Ford, dio hace algunos días el beso de Judas.

Pero a Mrs. Graham no le gusta que le llamen «Madame Watergate».

«Sería escandaloso —insiste— el que un individuo o la prensa pudiese derrocar a un Presidente; sería vergonzoso el que Nixon cayese sencillamente por culpa de esos trescientos mil dólares que debe al Fisco. La prensa

no es un cuarto poder, sino, para utilizar la expresión de Edmund Burke, *un estate*, un dominio. Se nos acusa de activismo, de haberla tomado con Richard Nixon. Nos habríamos comportado de igual modo ante un escándalo de estas proporciones en la Administración de Johnson o en la de Kennedy. Los hechos, los robos con escalo, los fondos secretos, las listas de enemigos elaboradas por la Presidencia, las declaraciones de impuestos de Nixon, los documentos destruidos, todo eso existía antes de que nosotros lo descubriéramos y lo reveláramos al público».

Mrs. Graham afirma que no siente animadversión alguna hacia la persona del Presidente: «Lo conocí cuando era vicepresidente (bajo Eisenhower). Confieso que me intrigaba. Acababa de dar la vuelta al mundo: me impresio-

nó profundamente la exposición que hizo de política exterior. Antes de su elección en 1968, acudió a un banquete que ofreció el «Post» a diversas personalidades. Hubert Humphrey llegó con un magnetofón; otros invitados se presentaron con acompañantes del sexo femenino. Nixon llegó solo, y demostró en todo momento una gran seguridad en sí mismo. Incluso los miembros del equipo del periódico más hostiles hacia su persona se sintieron impresionados por su comportamiento». Mrs. Graham señala: «No tomamos partido por ninguno de los candidatos cuando se enfrentaron McGovern y Nixon. Hemos explicado y aprobado la política exterior de Nixon, su apertura a China, las negociaciones con la URSS e incluso su programa social... que iba a abandonar más tarde».

Sin embargo, añade, a propósito del Watergate: «El Presidente oculta ciertas pruebas. Es un hombre de actitudes contradictorias. Por un lado, declara que "es preciso acabar con el Watergate". Por otro lado, sin embargo, sus abogados servirían para esclarecer este "affaire" a las instancias legales que se ocupan del mismo». Mrs. Graham cree firmemente en la idea del consenso: «Los americanos deben unirse y comprender». El «Post» no ha puesto en peligro a la democracia: «No estoy dispuesta a aceptar la idea de que la esta-

Fueron dos jóvenes periodistas del «Washington Post», periódico del grupo que preside Kate Graham, quienes primero levantaron la liebre al descubrir el «affaire» de los «fontaneros» que penetraron en el cuartel general que los demócratas habían establecido en el hotel Watergate.





«Contrariamente a lo que se afirma por ahí, no es cierto que yo reine sobre un imperio periodístico», dice de sí misma Katherine Graham. Digamos, por nuestra parte, que por lo menos ocupa un ducado, aunque deteste ese sobre nombre de «gran duquesa» que le da el «todo Washington», entre otros apodos, como «la mujer más poderosa de los Estados Unidos» o «la reina de Washington».

Olivier Todd

bilidad nacional debe reposar en la ignorancia nacional».

No comprometida

A pesar de todo eso, se sigue considerando a Mrs. Graham responsable de una «campaña» contra Nixon. Razón de Estado: hay quienes afirman que Mrs. Graham podía y debía haber apagado el «affaire». Convicción cándida: «No habría sido posible». En la base y en la cumbre, Mrs. Graham ha dejado libertad plena a sus periodistas. Los periodistas se reunieron con el redactor-jefe del «Washington Post», Benjamin Bradlee para verificar los mínimos detalles relacionados con el «affaire». La comprobación duró varias semanas.

Al comienzo del «affaire» del Watergate, Mrs. Graham, perpleja, aunque todo menos ingenua,

llegó a preguntarse si los demócratas «no se estarían sirviendo del periódico para minar a los republicanos». E incluso «si los propios republicanos no estarían dándonos pistas falsas para después desacreditar al "Post"». Era algo kafkiano. Ecuación simple: «Todos los que formaban el equipo del "Post" sabían que si el periódico se equivocaba con respecto al Watergate, Nixon y Agnew se verían confirmados en sus virulentos ataques al periodismo y a los *mass media* norteamericanos».

Mrs. Graham considera que el periódico ha cubierto no un combate político, sino una investigación imparcial. La expresión «reportaje investigador» es un «leit motiv» de su conversación. No se considera de ningún modo partidista. No se siente comprometida, afirma. Cuando le preguntas

por su credo ideológico, sus ojos castaños chispean y se arruga su alta y abombada frente, a la vez que responde, riendo, a la americana: «Soy independiente. Naturalmente, todo el mundo se afirma independiente. No me gustan las etiquetas. Mis simpatías van hacia los liberales, ya sean demócratas o republicanos». Admite, sin embargo, que generalmente vota por los demócratas, pero añade: «Desde que dirijo el "Post" y "Newsweek", no presto apoyo financiero a ninguna organización».

No sin cierta coquetería, murmura: «Contrariamente a lo que se afirma por ahí, no es cierto que yo reine sobre un imperio periodístico». Digamos, por nuestra parte, que por lo menos ocupa un ducado, aunque deteste ese sobrenombre de «gran duquesa» que le da el «todo Washington»,

entre otros apodos, como «la mujer más poderosa de los Estados Unidos» o «la reina de Washington».

Sin embargo, el «Washington Post» (530.000 ejemplares los días de diario, con setenta páginas; 720.000 los domingos, con ciento cincuenta y cuatro páginas) es, junto al «New York Times», el periódico norteamericano más leído en las Embajadas. Una diferencia importante: el «Times», soberano, se dirige a las élites. El «Post» trata de llegar, por el contrario, a todas las capas sociales, lo que no significa que cale en ellas. Mrs. Graham: «Prendemos que nos lea tanto el alto funcionario del Departamento de Estado, como su asistente». Otra diferencia hábil: el abanico de los editorialistas del «Post» es más abierto que el del «Times»: va desde el archiconservador Joe Alsop («uno de mis mejores amigos»), hasta Nicolas von Goffman, anarquista de izquierda. Un periodista americano que se pasó del «Times» al «Post» explica: «En este último cabe emplear cualquier estilo. El "Times" tiene sus condicionamientos, como "Le Monde"».

El semanario «Newsweek» tira 3.500.000 ejemplares, un poco menos que «Times». Por otro lado, el «Post», que funciona como una auténtica agencia de prensa, distribuye sus artículos y *features* a trescientos periódicos de todo el mundo: el gran ducado se completa con una serie de principados. A este propósito, comenta, irónica, Mrs. Graham: «Al comienzo del Watergate, nuestros numerosos clientes rechazaban los artículos relacionados con ese caso».

Hoy, todos rinden homenaje a Katherine Graham por haber sabido resistir ante las presiones y amenazas que ella, sin embargo, minimiza. No hace mucho, el ex ministro de Justicia, John Mitchell, uno de los principales inculpados en el caso Watergate, que se creía entonces por encima de toda sospecha, comentó groseramente, en presencia de un reportero del «Post»: «Katie Graham va a pillarse las tetas en una gran centrifugadora». Al enterarse de aquel comentario, un amigo le ofreció a Mrs. Graham una insignia que representaba un pecho en una centrifugadora. Mrs. Graham exhibe ahora la insignia a todo el mundo. Es una manera de mostrar su sentido del humor.

En Mrs. Graham, el humor, siempre en pequeñas dosis, es un velo que oculta la reserva, la timidez, un fondo impetuoso. Lo que obsta para que nuestra dama sepa conducirse como una fría y calculadora *business-woman*.



usted,
su coche,
sus neumáticos Xas
un equipo
invencible



MICHELIN
XAS
radial

Aunque célebre, es una mujer difícil de conocer. Es patricia, si bien accesible. No es una intelectual, pero ha aprendido a manipular «dossiers» tan complicados como los del SALT... En cierto sentido, todo y nada la destinaba a ese puesto que hoy ocupa. Su «superego» materno parece haber sido tan dominante como el paterno. Nacida en Nueva York en 1917, hija del banquero y filántropo Eugene Meyer y de Agnes-Elisabeth, escritora, militante de los derechos cívicos sin ser, empero, sufragista, la pequeña Katherine no se limita a leer a Thomas Mann, sino que lo conoce personalmente en casa de sus padres, junto a Claudel y cien astros más del universo literario. El principio que han de seguir los hijos del matrimonio Meyer es el de que «no hay que comportarse como hijos de papá, sino que cada cual debe hacer algo positivo». Katherine Graham: «Nunca se me pasó por la cabeza la posibilidad de no tener que trabajar». Existe a este respecto cierto paralelismo con los Kennedy, aunque no puedan compararse las fortunas de unos y otros, y los Meyer no tengan tan inculcado como los Kennedy el gusto del poder. Katherine Graham realiza los típicos estudios de una hija de millonario de la costa Este: Universidad de Vassar, equivalente femenino de Princeton. Sin embargo, Katherine se decidirá algo más tarde por un «campus» menos «snob», más «estimulante», y continúa sus estudios en Chicago. Allí se embebe de New Deal rooseveltiano. En el año 1938, Katherine Graham se lanza al periodismo, en la costa Oeste, en California; comienza ocupándose de la crónica de sucesos.

En 1933, su padre compra el «Washington Post» por 875.000 dólares. Katherine se traslada a Washington para trabajar en la administración del periódico. En 1940, contrae matrimonio con Philip Graham, diplomado del Instituto de Derecho de Harvard. Este último, desmovillizado en el año 1946, se entiende muy bien con su suegro, quien le vende el «Post» por... un dólar. La compañía se traga a un competidor, el «Times-Herald», por 8.499.000 dólares más, y en 1961 absorbe al «Newsweek» por algo menos. Katherine se convertirá así en una gran señora, buena esposa y conocida anfitriona, cuyo salón es uno de los más frecuentados de Georgetown; su único deber: ocuparse de sus hijos. Más de veinte años vivirá Kathe Graham retirada de toda actividad pública. Hasta que su marido, un hombre brillante, pero sujeto a continuas depresiones, termina suicidándose en 1963. El historiador Arthur Schlesinger describe cómo a sus cuarenta y seis años, Katherine Graham empuñó el timón del barco, preocupada, pero de ningún modo indecisa: «Estudió las operaciones, hizo preguntas, consultó a su estado mayor y a

viejos amigos, como James Reston y Walter Lippman». Katherine sabe rodearse de colaboradores profesionales y muy distintos entre sí. No es todo dulzura, a pesar de su cortesía; fiel a las brutales tradiciones de la prensa americana, Kathe Graham sabe también despedir a los que no le interesan sin dar ninguna indemnización. Le gustan los profesionales que trabajan con autonomía: «En este oficio hacen falta hombres inteligentes y dotados de una gran apertura de espíritu. Sé que todos aquellos a los que respeto no aceptarán imposiciones que vengan de arriba». No le importa pagar bien a los periodistas, pero está a años/luz de la autogestión o de las sociedades de redactores. Como tampoco cree en la capacidad de los estudiantes para gobernar sus Universidades. Está empeñada en una lucha constante con los sindicatos de tipógrafos. Es una mujer, sin duda, poderosa, aunque pueda permitirse el lujo de no parecerlo.

Curioso «boomerang»

Mientras el «Post» continuaba sus investigaciones en torno al Watergate, Katherine Graham se veía condenada a un ostracismo casi absoluto para algunos grandes de Washington. Un hombre, Henry Kissinger, le sigue siendo fiel, a pesar de que la Casa Blanca se niegue a recibir a los periodistas del «Post», trate por todos los medios de arrancarle a Mrs. Graham sus emisoras de televisión e insulte continuamente a sus periodistas. Kissinger no acude a las recepciones oficiales del «Post», pero cena con Mrs. Graham. Y no trata de ocultárselo a nadie. A veces, Kissinger confía a Katherine sus propias dudas. Katherine dice que los Estados Unidos debieron desentenderse mucho antes de Vietnam. Si Henry se queja de los chismes del «Post», Katherine le envía a hacer gárgaras. Son las reglas del juego. En Kissinger, ella admira «esa facultad de equilibrar tantas cosas, de trabajar con un Presidente que no puede soportar a los intelectuales, esa mezcla de independencia y de fidelidad». En abril de 1974 afirmará, a propósito de Kissinger: «Tenemos la suerte de que esté en el Gobierno». Curioso «boomerang»: Kathe conoció a Henry gracias a Nixon; en 1968, cuando ése fue nombrado consejero especial del Presidente, Nixon telefoneó a Katherine Graham para pedirle que invitara a comer al recién llegado a la Casa Blanca. Kathe aceptó complacida.

En la bullidora historia de la prensa americana hay de todo, desde megalómanos al estilo de William Randolph Hearst, modelo de Citizen Kane, hasta tipos concienzudos e impregnados de civismo, como Katherine Graham. ¡Citizen Kathe! ■ O. T.

